

Volverás a Baalbec

Dámaso LÓPEZ GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

1. Ignoro si los jóvenes de finales de siglo siguen leyendo a Juan Benet. No sé si la pesadilla literaria de Región sigue ofreciendo algún interés para quienes han inaugurado su vida de lectores en el último decenio del siglo XX. Tengo la certeza, sin embargo, de que hay algo de lo que no podrán disfrutar de la misma forma en que se disfrutaba en el momento de la aparición de las obras del novelista madrileño. Me refiero a la crítica literaria que, al glosar aquellos enrevesados relatos, en algunas ocasiones, se empeñaba en estar a la altura de la arrogancia e ignorancia que caracterizaban ciertas producciones del espíritu crítico, ¿regional?, y amenizaba el interés por la obra de Juan Benet con el valor añadido de una incomprensión, sazónada con los más maduros frutos de la pedantería, que, en fin, se diga lo que se diga, hacía doblemente apetitoso el alimento literario de obras como, por ejemplo, «Baalbec, una mancha». Reclama la admiración del lector la ponderada *insouciance* con la que un crítico de aquéllos (1981) sabía desvelar, mediante una hermosa descripción, la complejidad hermenéutica de ese relato:

El título de «Baalbec, una mancha» apunta a Proust (en Balbec y junto al mar, el narrador de *A la recherche* conoce a Albertina). Y tal modo de contar y los ritmos de la prosa sugieren de alguna manera (por lo menos a este lector) un tipo de relato y un estilo de resonancias proustianas. Lo que se cuenta y aquellos de quienes se cuenta producen una curiosa sensación de *déjà vu*, de figuras encontradas alguna vez en algún avatar distante.

«Baalbec, una mancha» es la narración más insistentemente regionata de Juan Benet. De la primera página cuelga el paraguas del

doctor Sebastián, sinécdoque del médico reapareciente en diversos momentos de la saga, enlace entre los Mazón y los Abrantes, los Benzal y los Gamallo, la señorita Amelia y Blanca Servén. El narrador anticipa el título imperativo de la novela inmediata: «Quería volver a Región», y vuelve a la ruina del presente desde un pasado que recuerda bien. La analogía de lo ocurrido entonces con el teatro de ideas es muy consciente; pues el abuelo, como el Pepet de *La loca de la casa*, es el indiano emigrado que, al regresar de América, casa con la descendiente de una familia de clase social más elevada.

La ruina, tema siempre tratado con complacencia por el autor, enlaza con el de la decadencia de las familias. Volver a Región es enfrentarse con un mundo de cosas desvencijadas, rotas, destruidas. La narración descubre el efecto corruptor de la ruina en las almas, infectándolas y deteriorándolas. Una historia sórdida que, por una vez, se cierra sin ambigüedad, se resuelve en una frase que es tanto explicación como desenlace.

Si soy capaz de resumir con algún acierto lo que esta descripción contiene, tarea no tan sencilla como pudiera parecer a primera vista, creo que éstos son sus puntos fundamentales:

1) Baalbec se identifica en el primer párrafo con el Balbec proustiano, volumen segundo de *A la recherche: A la sombra de las muchachas en flor*, y de esa identificación nace otra relativa al «tipo de relato» y al «estilo de resonancias proustianas»; lo cual, a su vez, deja en el lector la impresión de hallarse ante personajes que le resultan familiares, personajes ante los que siente la sensación de lo *déjà vu*, «de figuras encontradas alguna vez en algún avatar distante».

2) El segundo párrafo abre nuevas y no menos interesantes perspectivas. Se informa en él al lector acerca del lugar que ocupa este relato en el contexto del ciclo de novelas que Juan Benet consagró a Región. Porque debuta en este relato el doctor Sebastián, «médico reapareciente en diversos momentos de la saga», uno de los protagonistas de *Volverás a Región*. Y se informa al lector de que este médico, Sebastián, «reapareciente», no se olvide, anuncia la llegada de toda una horda de personajes, casi un linaje bíblico, que poblarán en el futuro el raro Canaán de Región: «los Mazón y los Abrantes, los Benzal y los Gamallo, la señorita Amelia y Blanca Servén». Ya embarcado el lector en una contextualización histórica, es bienvenida incluso la referencia al teatro de ideas y a Pepet, personaje de *La loca de la casa*, de quien se dice que, como el abuelo de «Baalbec, una mancha», «casa con la descendiente de una familia de clase social más elevada».

3) La ruina es el dominio del tercer y último párrafo; se advierte en él al lector sobre «el efecto corruptor de la ruina en las almas». Pero lo verdaderamente sabroso de este párrafo se halla en la frase con la que cae el telón sobre las consideraciones finales del crítico, frase que, como un suspiro de alivio, cierra la interpretación, y deja, listo para el olvido, un relato del que puede decirse, a diferencia de otros del siempre huidizo Juan Benet, que se trata de «una historia sórdida que, por una vez, se cierra sin ambigüedad, se resuelve en una frase que es tanto explicación como desenlace».

Sobre el trípode de estos tres párrafos se ha erigido el sistema de interpretación de este crítico, y conviene examinar cada uno de estos pilares con algún detenimiento, para saber en qué elevada atalaya del saber dejan al lector que, aturdido y acaso confuso tras su paseo por Región, haya regresado de «Baalbec, una mancha» en busca de tutela crítica.

2. Sí, la identificación del Baalbec benetiano con el Balbec proustiano plantea una pequeña dificultad que todos los lectores habrán señalado ya por su cuenta. El topónimo que aparece en la obra de Proust difiere en una vocal respecto del que da título al relato. En persona cuidadosa y atenta a los detalles más insignificantes de su escritura, no cabe pensar en una negligencia ni en una errata no corregida; el texto se ha editado varias veces, siempre con la vocal geminada, y nada hace pensar que el topónimo sea otra cosa que *intencionado*. *Cualquier enciclopedia puede informar al interesado de que hay, en efecto, un lugar, Baalbek, en Siria, que tradicionalmente se ha escrito así en español, y que, por varias razones, conviene como inspiración del título de este relato. Se da la circunstancia, además, de que Baalbec, así escrito, es precisamente la forma inglesa de ese topónimo; y es en la obra Decadencia y caída del imperio romano, del inglés Edward Gibbon, donde pudo leer el novelista madrileño una descripción de la ciudad siria:*

Entre las ciudades mencionadas por sus nombres griegos u orientales en la geografía y conquista de Siria, podemos señalar Emesa o Hems, Heliópolis o Baalbek, la primera era la metrópoli de la llanura; la segunda, la capital del valle. Bajo el último de los césares, eran ciudades fuertes y pobladas; sus torres brillaban a lo lejos: eran amplios espacios cubiertos de edificios públicos y privados; los ciudadanos eran ilustres por su sabiduría, o al menos por su orgullo; por sus riquezas, o al menos por su lujo. Durante el paganismo, Emesa y Heliópolis seguían el culto a Baal, el sol; pero el declive de su superstición y esplendor lo hace diferente una rara variedad de fortuna. No ha quedado ninguna huella de los restos del templo de Emesa, que

los poetas comparaban con la cumbre del monte Líbano; pero las ruinas de Baalbek, invisibles para los escritores de la Antigüedad, mueven a curiosidad y admiración a los viajeros europeos. El templo mide doscientos pies de largo, y un centenar de ancho; el frente está adornado con un doble pórtico de ocho columnas; pueden contarse catorce a cada lado; cada columna, de cuarenta y cinco pies de altura, la forman tres masas de piedra o mármol. Las proporciones y ornamentos del orden corintio señalan la arquitectura griega; pero como Baalbek nunca fue sede de una monarquía, no sabemos explicar cómo, mediante la generosidad municipal o individual, se sufragaban estas magníficas edificaciones¹.

Gibbon habla de una ciudad a la que hace ilustre su pasado, y a la que hace misteriosa su esplendor. Expresa asimismo su extrañeza ante el silencio de la Antigüedad respecto de los méritos de Baalbek. Se trata de una civilización desconocida, de una civilización que, sin embargo, ha dejado unas ruinas que mueven a admiración al viajero, porque, a decir verdad, no se sabe explicar muy bien cómo en el estado presente de ruina del país pudieron justificarse en el pasado semejantes momentos de esplendor arquitectónico, que implicaban una vida social rica, activa, llena de refinamientos y sutilezas perdidos en el silencio de la historia.

La visita a las páginas de una enciclopedia (Espasa Calpe) puede proporcionar otra información quizá ausente del relato de Gibbon. Deténgase el lector, por un momento, en la descripción de lo que ha sido o es una descripción geográfica, artística e histórica de la Baalbek siria.

Una de las ciudades más florecientes de Siria en la antigüedad, y hoy día un lugar de 2.000 habihs., residencia de un kaimakam, a 1.150 m. de altura, en el valle de El Bekaa (de la antigua Calesiria), al pie de Antilíbano, y muy renombrado por las ruinas de la antigua metrópoli. Consisten aquéllas en grandes restos de tres templos situados en la acrópolis al O. de la actual Baalbek. Distínguense en las ruinas tres periodos históricos. Corresponden al primero las substrucciones de la plataforma sobre la que se levanta el templo; al segundo, las ruinas de este edificio; y al tercero, las construcciones de los árabes, que convirtieron los antiguos muros en fortificaciones. La mencionada substrucción tiene 325 m. de longitud por 97 m. de anchura, y consiste en grandes bloques de caliza o már-

¹ Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, 3 vols., Nueva York, The Modern Library, s.a., vol. III, pp. 157-8.

mol, entre ellos los tres colosales del lado occidental, de 19 m. de largo, 4 m. de alto y 4 m. de espesor, con largos corredores abovedados, de 92 a 160 m. de longitud, con los que se reúnen las series de aposentos a los que conducen escalones de mármol. Sobre esta substrucción se levanta un templo, mandado edificar por Antonino Pío. La entrada principal del gran templo estaba situada al E., donde una ancha escalera, hoy desaparecida, conducía a la plataforma de los Propileos. Los árabes la cegaron después con un gran muro. El pórtico exterior está formado por 12 columnas, quedando a derecha e izquierda lujosos pabellones adornados con pilares corintios. Los de la parte derecha se conservan aún en regular estado. Seguía después un patio hexagonal y otro cuadrado de 134 m. de largo y 113 m. de ancho, incluyendo ricas construcciones (exedras) en la parte N. y S., con sus nichos para estatuas. También había escalones bajo una doble columnata que conducían al pórtico interior del templo propiamente dicho. Éste tenía 89 m. de largo y 49 m. de ancho, conteniendo 54 columnas. De éstas no se conservan actualmente más que seis de dimensiones colosales sobre un murallón de la parte Sur. Estaban a la distancia de 2,6 m. unas de otras, y no son acanaladas, pero llevaban sobre su capitel corintio una entabladura con un friso ricamente adornado y una cornisa, ofreciendo en conjunto 23 m. de altura y 7 m. de diámetro. En el muro del Norte se encuentran 4 columnas sobre sus zócalos, que acaban el templo por esta parte. Al S. del gran templo y del patio cuadrado, y en un plano algo más bajo, se encuentra el templo del Sol, edificio no menos grandioso y artístico. Tenía 42 columnas no acanaladas de capitel corintio. El antepatio por el lado oriental tenía una segunda línea de 6 columnas acanaladas. La altura de las mismas, incluyendo la base y el capitel, es de 19,8 m., y su diámetro 1,7 m. Es muy notable la cella, decorada con el más rico estilo corintio. Por la parte S. se encuentran 4 columnas del peristilo, y por la parte occidental, 2 enteras, que llevan un hermoso friso, y otras 9 en la parte N., con hermoso friso y cornisa. El techo que unía la columnata a la cella se conserva casi del todo, está ricamente esculpido y dividido en campos con altos relieves. El antepatio o pronaos, que se encuentra por la parte oriental, conserva aún dos columnas acanaladas que, con las no acanaladas del peristilo en la parte S., sostienen un friso y una parte del techo esculpido. La entrada propiamente dicha es una puerta corintia ricamente adornada, de 6,2 m. de ancho, cegada por un muro que levantaron los árabes. A un lado de la misma hay dos grandes pilones con capiteles de palmas que contienen los peldaños por los que se sube al templo. El templo redondo, que dista 290 m. del templo del Sol, es una pe-

sada construcción, de una riqueza excesiva en frisos adornados. Consérvanse aún 4 columnas de las 5 del peristilo. Este templo se ha transformado en una iglesia griega.

Destaca de esta descripción el hecho de que las vastas propiedades inmobiliarias fueron heredadas por quienes, ajenos quizá a las funciones de los arquitectos originales de las edificaciones, las usaron para sus propios fines y conveniencias; fines que rebajaban considerablemente las pretensiones artísticas, suntuarias, culturales o defensivas del pasado. Explica esto que se alterara la construcción de las murallas y se cegaran pasos. Más adelante, esta misma enciclopedia, informa de los cambios de propietarios de Baalbek: Abu-Obeida la toma en el año 636, en el s. XI cae bajo el dominio de los sultanes de Alepo. Se disputa su posesión durante las cruzadas. En el s. XII la conquista Zeuki, quien nombra gobernador al padre de Saladino. En 1157 fue conquistada por Nur-ed-din. Los mongoles la tomaron en 1260 y Tamerlán en 1401. Los sucesivos cambios de propietarios alejan, ha de suponerse, cada vez más las intenciones de los constructores originales de los nuevos propietarios, hasta volverlas confusas o incomprensibles.

No menos interesante es la filiación religiosa de la ciudad de Baalbek: no desaparece el paganismo hasta los tiempos de Teodosio, durante cuyo imperio se erige la basílica cristiana, edificada sobre las ruinas del templo de Helios. La Iglesia Católica nombró un obispo *in partibus infidelium* en Baalbek; hay también un obispado maronita; hay, además, un obispado melquita; y, en fin, los griegos ortodoxos tienen asimismo su obispo en esta ciudad.

Conviene, pues, este Baalbek al topónimo del relato de Juan Benet por varios motivos, pero, singularmente, si no hubiera otros (dejando aparte la coincidencia con el topónimo en lengua inglesa), por ser un lugar sobre el que han sedimentado, mediante una incesante subrogación de olvidos, diferentes culturas y diferentes estilos arquitectónicos. Conviene, asimismo, por la añoranza de un lujo y una riqueza que parecen incomprensibles desde el empobrecido presente. Pero, sobre todo, conviene por el singular azar de unas ruinas que se disputan encarnizadamente diferentes generaciones de linajes, pueblos y culturas.

En 1971, aproximadamente diez años después de la composición de «Baalbek, una mancha», un escritor italiano, Italo Calvino, da a la prensa el libro *Las ciudades invisibles*. En una de las ciudades que se describen en esta obra, «Clarisa», las cosas no son muy diferentes de como las veía Juan Benet en Región:

En los siglos de degradación de la ciudad, vaciada por las pestes, disminuida por los derrumbes de viguerías y cornisas y por los desmoronamientos de tierra, oxidada y obstruida por incuria o ausencia de los encargados de conservarla, se repoblaba lentamente al emerger de sótanos y madrigueras hordas de sobrevivientes que bullían como ratones movidos por la pasión de hurgar y roer y también de juntar restos y remendar, como pájaros haciendo sus nidos. Se aferraban a todo lo que se podía quitar de un lugar para ponerlo en otro, a fin de darle un uso diferente: los cortinajes de brocado terminaban en sábanas; en las urnas cinerarias de mármol plantaban albahaca; las verjas de hierro forjado arrancadas de las ventanas de los gineceos servían para asar carne de gato sobre fuegos de madera taraceada. Armada con los pedazos heterogéneos de la Clarisa inservible, tomaba forma una Clarisa de la sobrevivencia, hecha de chabolas y cuchitri-les, charcos infectos, conejeras².

Juan Benet pensaba en términos no muy diferentes a los que da expresión Italo Calvino en este retrato callejero de Clarisa: la decadencia y la degradación muestran una de sus caras más atroces en la incompreensión del pasado, en la aceptación de la inferioridad del individuo respecto de los objetos creados por los seres humanos en épocas más felices o más ricas.

La casa de San Quintín, de la finca solariega de la familia Benzal (en «Baalbec, una mancha»), es una edificación que, a su escala, no desmerece del ímpetu constructor de los primeros arquitectos de Baalbek: «La casa —San Quintín— era una hermosa y sólida edificación de tres plantas, de fábrica de ladrillo aparejada con sillares de granito»³. Esta mansión, pues, es el centro administrativo de una vasta hacienda reunida por el abuelo del narrador:

La finca había sido adquirida toda ella mediante sucesivas adquisiciones que mi abuelo efectuó alrededor del setenta, y la casa se edificó aprovechando, en parte, los muros de una antigua alquería y las ruinas de una pequeña ermita dedicada al santo, el año 1874, tal como estaba grabado con la misma letra cursiva en la clave del arco de la puerta principal (p. 72).

Se mezclan, como se ve, diferentes propósitos e intenciones constructivas: la alquería, la edificación religiosa, la vivienda civil que será residencia

² Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Madrid, Editorial Siruela, 1994, p. 118.

³ Juan Benet, «Baalbec, una mancha», *Nunca llegarás a nada*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, p. 71. Todas las remisiones de página pertenecen a esta edición.

de un magnate de la industria y de la agricultura. El magnate pretende nada menos que «erigir una ciudad modelo para una sociedad nueva»: sus intenciones no fueron, pues, las del simple egoísmo familiar que induce a una persona a levantar formidables bastiones defensivos como salvaguardia de la prosperidad de su descendencia, no; o no sólo fue eso; parece, cuando menos, que el ilustre abuelo pretendió interpretar el papel del adelantado del progreso, de la persona que, mientras consigue generosos beneficios para sí y para los suyos, trae a su sociedad todo aquello que representa el grado más avanzado del progreso material. Compárese la empresa del abuelo, del fundador de la dinastía, con la del terrateniente que recibe ahora la propiedad: un industrial derrotado que busca refugio en el campo, y que busca un lugar desde el que resistir las amenazas o los peligros del progreso. San Quintín, al igual que la ciudad siria a la que alude el título del relato, conoce diferentes matices y modalidades de la decadencia y la ruina. Poseen, además, algo en común ambos lugares: si Gibbon pudo preguntarse si, en efecto, fue posible en Baalbek una civilización amenizada por un lujo apenas justificable por la pobreza del entorno, ¿no puede hacerse esa misma pregunta el lector de «Baalbek, una mancha»? Más aún, las ruinas de Baalbek ni siquiera fueron visibles para los viajeros de la Antigüedad; las ruinas de San Quintín casi ni son visibles como ruinas, como objeto de extrañeza, para la tercera generación de los descendientes del comprador de las propiedades asociadas a la casa.

Me detendré sólo en algunos rasgos que relacionan Baalbek con el estado de ruina presente de San Quintín, ese estado que hace incomprendible un triste escenario en el que ni siquiera pueden comprenderse las motivaciones del pasado:

Desaparecieron muebles y se cerraron habitaciones inútiles; toda la casa se redujo a cuatro dormitorios, un comedor y el cuarto de estar, así como el salón de sesiones, siempre cerrado, siempre preparado y conservado para la media docena de recepciones anuales y de buen tono con que mi abuela pretendió alejar durante algunos años el espectro de la ruina. La casa se fue ahuecando, abarquillando y agrandando; se fue cubriendo de polvo y de manchas de humedad, las escarpas mortíferas aparecieron por los pasillos en penumbra, y unos visillos agujereados se hinchaban y deshinchaban al compás de los torturados adagios, los malogrados ecos de Weber y Beethoven con que mi tía Carmen se demostraba incapaz de adelantar a su antojo la hora del crepúsculo (pp. 105-6).

El proceso es análogo al de Baalbek: el reciclado arquitectónico consiste en una significativa reducción de las posibilidades de los edificios, tal y

como fueron concebidas por su primer arquitecto; y, por lo tanto, ofrece el correlato objetivo de la historia de los pueblos de Región a la luz de las doctrinas de la evolución y el progreso. Añádase a esto el inevitable deterioro que aportan el paso del tiempo combinado con la incuria o la falta de conocimientos de los nuevos propietarios. San Quintín es ahora una ruina que ha sido adquirida por quien no es plenamente consciente de lo que tiene entre manos, porque desconoce cómo fue el pasado:

Yo había vuelto a Baalbec para contemplar un jardín talado, una chimenea torcida, unos grifos secos, las manchas de humedad en un salón reducido, un balcón de metal deployé con sus chapas levantadas, oxidadas y rotas; una fachada salpicada de agujeros, por donde se vaciaba el contenido de una fábrica de cascotes sueltos y madera podrida (p. 81).

La sensación de un pasado remoto y perdido no necesita hallarse tras fatigosa búsqueda por parte del lector, le sale al paso en muchos momentos del relato, y es significativa en todos ellos:

Me había levantado por segunda vez, acercándome a la ventana: toda la llanura de Región aparecía bañada en una claridad plateada, fosforescente en el horizonte, en ese silencio y ese aroma —sin viento ni susurros nocturnos ni ruidos de árboles— de las atlántidas sumergidas, última aureola de todas las llanuras quiméricas, donde un día existió y dejó de existir una civilización (p. 96).

En fin, las pretensiones de mejora, los tímidos intentos no ya de restaurar algo del esplendor pasado, sino, sencillamente, los intentos de mantener en buen estado de uso la fábrica del edificio son aún más trágicos, porque ensanchan la incomunicación entre el mezquino presente y el opulento pasado:

No habían hecho más que enfoscar la piedra con un revoco blanco y cubrir las iniciales de mi abuelo con dos piezas de azulejo: «Granja Santa Fe.» Bastante deteriorada, de color pardo de monte, aún quedaba en pie una de aquellas bolas de granito que emergía de la pilastra revocada como la cabeza de un monarca repentinamente cubierto con un armiño de alquilar, en una comedia parroquial (p. 80).

Aquel pasado magnificado (el abuelo «recio como un Escipión, su cohorte de pretores y procónsules, criados y palafreneros; las cacerías de anta-

ño, las correrías de un hijo rebelde como un Catilina, apuesto, rico generoso y seductor como un Antonio, alejado, expatriado y heroicamente desaparecido como un Régulo») bien puede ser una transposición «al reino infantil de un relato exagerado», pero el pasado que registran las crónicas como real no es menos remoto ni fabuloso. He aquí la inauguración de la dinastía según la crónica realista:

Alquiló una casa en Región y construyó la de San Quintín a gusto suyo; hizo venir un jardinero levantino, trajo de Francia un buen número de muebles que su amigo Ducay le proporcionó a coste reducido; se hizo ropa en Savile Row, y, con un brillante en un bolsillo del tamaño de una avellana, se presentó en casa del señor Servén a requerir la mano de su hija mayor, Blanca (p. 74).

Bien se ve, pues, que las coincidencias entre las respectivas historias del Baalbec benetiano (Región) y el Baalbek sirio son suficientemente significativas como para poder establecer dos líneas paralelas imaginarias, una de las cuales sigue el fundamento histórico, mientras que en la otra el novelista transpone la historia de la civilización perdida a una novela en la que se narra una crónica familiar. Juan Benet contempla en las reducidas dimensiones de la narración familiar el destino de la propia sociedad. La responsabilidad de la decadencia recae en quienes son capaces de «transformar los principios de una moral rígida en el artificio necesario para engañar a una pobre desventurada» (p. 97). Recae en quienes están condenados de antemano a representar un papel que les resulta incomprensible: «¿Por qué no tenemos otra salida, breve o larga, que la ruina?» (p. 99).

3. Ha de entenderse que las nuevas e interesantes perspectivas que abre el segundo párrafo del crítico son tanto más notables cuanto que se destacan sobre un fondo informativo francamente mediocre. El doctor Sebastián y los Benzal figuran en lugares eminentes de las novelas y relatos que dedicó Juan Benet a Región, pero, la verdad, la mención de «los Mazón y los Abrantes, los Benzal y los Gamallo, la señorita Amelia y Blanca Servén», descontados los antedichos Benzal, que sí son protagonistas en esta obra, lo único que pueden decirle al lector, mediante esta escueta nómina, es que se trata de personajes que aparecerán en futuras narraciones, en las que tendrán su importancia propia. Pero incluso esto es engañoso. ¿Puede decirse que el doctor Sebastián aparece en esta obra? Lo único que llega a saber el lector sobre él es que visita la casa, y que se deja un paraguas en el recibidor. Nada

parecido al protagonismo que adquirirá este personaje en *Volverás a Región*. Y, por otro lado, aparte de las pretensiones de verosimilitud, ¿qué otras pretensiones se satisfacen con el recuento de una nómina que se reduce, sencillamente, a eso, a ser una lista de nombres sin contexto que los haga comprensibles?

La alusión al Pepet de *La loca de la casa* es sorprendente. En «Baalbec, una mancha» hay dos personas que regresan de América, León Benzal y Enrique Benzal. En la tragedia galdosiana, sólo Pepet es el «indiano emigrado», pero se trata de un personaje que poco o ningún parecido tiene con los de Juan Benet. Pepet es un rudo jayán que debe su formidable éxito económico a sus titánicas aptitudes para el trabajo; su enemigo natural no es la burguesía (uno de cuyos estadios superiores, el del burgués-obrero, representa él mismo), pues encarna las virtudes del ascenso posible en las sociedades regidas por las ganancias del capital; su enemigo natural es la aristocracia parásita y, según cree, degenerada. León Benzal va a América, vuelve de América con una fortuna, y se casa con una de las mejores fortunas de Región. La «loca de la casa», con la que contrae matrimonio Pepet, está virtualmente en la ruina. Pero hay una significativa diferencia: la fortuna de Pepet se obtiene por medios lícitos; pondera así Galdós, sobre todo, el noble ímpetu laboral del catalán, frente a la incuria o la pereza de otros españoles. Por su parte, la fortuna de León Benzal está asociada a una partida de cartas que «había de pasar a la crónica familiar con caracteres mitológicos», y a una larga serie de negocios no todos lícitos; recuérdese lo de «desguazar barcos por un método algo corsario» (p. 73); recuérdense, en fin, sus nada claros tratos con los «Hermanos de la Costa»; y, en fin, recuérdese su necia ostentación de nuevo rico que se hace vestir en Savile Row, y que brinda a su prometida un brillante del tamaño de una avellana. Enrique Benzal, hijo del anterior, que también regresa de América, vuelve alcoholizado y agonizante; pero además regresa tan arruinado como se fue, y, por todo ello, no parece un personaje que se haya inspirado en el modelo del Pepet de *La loca de la casa*.

4. Solicitan la atención del lector, en el tercer y último párrafo de la crítica reseñada, dos informaciones sobre dos aspectos diferentes, con los que cierra el crítico su descripción del relato; estas dos informaciones tienen por centro de gravedad la ruina, la primera; la propia naturaleza de la narración benetiana, la segunda.

La ruina ocupa el lugar central de las inquietudes del narrador de «Baalbec, una mancha». No sé si es lo más acertado decir que la ruina es un tema

que el novelista trata siempre «con complacencia», pero es, sin duda, el tema en torno al cual gira la reflexión que da cuerpo al relato. El anónimo narrador siente curiosidad por volver a ver lo que fue el paisaje de su infancia, por volver a ver lo que fue la extensa propiedad familiar, la casa solariega. Entre los tres momentos (el pasado legendario, el pasado miserable y el presente de destrucción) se ha cumplido un proceso de decadencia que nada ni nadie han sabido parar o mitigar. El interés de Juan Benet por el «efecto corruptor de la ruina en las almas» se amplía con otros dos elementos, al menos, que analizan la ruina desde puntos de vista diferentes. He aludido indirectamente al primero de ellos: se trata de ese sentido de la inadecuación que adquieren repentinamente las cosas («un monarca repentinamente cubierto con un armiño de alquiler»), como si el contexto o las cosas mismas hubieran cambiado hasta hacerse irreconocibles y extrañas entre sí: «aquel gran trincherero moldurado (que en tiempos de mi abuelo se decoraba con tres filas de bandejas de plata) decoraba la pared del fondo como el sórdido arco aristocrático abriéndose al jardín en una comedia elegante montada para un escenario pueblerino». La parábola se hace metaliteratura si se piensa que la comedia elegante es el relato «Baalbec, una mancha», y la distancia que se establece entre aquellas circunstancias y los personajes que sobreviven en el escenario de la destrucción se hace presente en cada una de las renovaciones de la lectura. El segundo elemento es precisamente el que se refiere al origen de la ruina:

Le estoy hablando de la ruina, que las personas dejen de ser personas; que las casas dejen de ser casas; que la comida deje de ser comestible, y no se pueda arar la tierra. Que los padres se entreguen al castillaza para no verse obligados a devorar a sus hijos y los hijos se vuelvan a la caverna. Todo, señor Huesca. Que se venga abajo todo. Que se quede usted sin vida. Vivo, pero sin vida. Sin nada que hacer ni nadie con quien hablar. Porque cuando se llega a ese estado de ruina es mejor no tener nada, seguro al menos de que se ha tocado el fondo. Es mejor no tener nada: ni casa, ni madre, ni fe, ni recuerdos, ni esperanza, ni siquiera un mal pedazo de tierra donde meter el arado cada dos años; porque todas las cosas llevan dentro la posibilidad de arruinarse, y lo poco que uno tenga le hundirá más abajo todavía, en cuanto se descuide. Y usted, ¿sabe usted lo que se juega? ¿Sabe usted que se juega todo? ¿Todo lo que se ha estado tratando de evitar desde que nos comíamos los unos a los otros en el fondo de la caverna? Confórmese con lo que tiene, señor Huesca, porque el día en que, considerando un buen negocio lo que el paisano viene a proponerle, llegue usted a multiplicar por dos la extensión de su finca,

no es un tigre es toda Bengala lo que usted ha metido en su casa (pp. 95-6).

La inevitabilidad de la ruina se extiende, según Juan Benet a «todas las cosas», de donde no se sigue, necesariamente, que «lo poco que uno tenga le hundirá más abajo todavía»; pero esta observación desborda los límites del análisis del crítico, y ni siquiera es seguro que Juan Benet tenga mucho que decir acerca del origen de la ruina, excepto que ve en ella sólo el preludio de otras formas de regresión que concluyen en una suerte de teoría de la evolución invertida, en la que la lucha por la supervivencia no galardona al más fuerte, sino al más necio, al peor dotado.

Pero, sin ninguna duda, el juicio más sorprendente de todo este párrafo es el que se refiere a esa característica del relato que, al parecer, lo aparta, singularizándolo, de otras piezas del mismo autor: «Una historia sórdida que, por una vez, se cierra sin ambigüedad, se resuelve en una frase que es tanto explicación como desenlace». Ha de suponer el lector que esa ocasión feliz que resuelve todo, sin ambigüedad, en una frase que es «tanto explicación como desenlace», es aquella en que el anónimo narrador le dice al señor Huesca, la persona que ha adquirido las que antaño fueron vastas propiedades de la familia Benzal, que el Burrero, lo que el señor Huesca cree que es una finca, no es tal, sino el nombre con el que se degrada al hijo «enfermo, delirante y alcoholizado» para venderlo; y que el pagaré que en su tiempo firmó la abuela no estipula el precio de ninguna propiedad, sino el precio por la venta de ese hijo que ha regresado de América, y que la madre vende a su antigua amante, para poder seguir conllevando con una apariencia de dignidad la ruina de la familia. Hay, sin embargo, un obstáculo que hace pensar que las cosas no son tan sencillas. Véanse, si no, las fechas que indican algunos de los acontecimientos más importantes. Los miembros de la familia Benzal Servén descansan bajo una lápida que establece las fechas de nacimiento y muerte de cada uno de ellos. Las fechas que señalan el nacimiento y muerte de Enrique Benzal Servén son: 1871-1917. Al narrador le extraña esta fecha, porque hay un desajuste entre el fallecimiento de Enrique y la inscripción en la tumba. En efecto, Enrique Benzal, según los recuerdos del niño, tuvo que morir en 1915: «Lo tuvieron que sacar enfermo, casi agonizante, y llevarlo a un sanatorio, donde apenas duró cuatro meses». (p. 82). Este mismo año, 1915, el dieciocho de noviembre, Blanca Servén de Benzal firma el pagaré a Eulalia Cordon, la antigua amante de Enrique Benzal, es decir, vende a su hijo. Más adelante Blanca Servén reclama el cadáver, y se produce la confusión de la fecha: «Y que —pensé en aquel momento— in-

cluso había equivocado la muerte de mi tío Enrique con la del traslado e inhumación de sus restos» (p. 113). Se entiende perfectamente que lo que ha ocurrido no es ni más ni menos que doña Blanca Benzal divulgó la noticia de que Enrique Benzal había muerto, cuando, en realidad, vivía oculto en la casa de la familia en Región, con su antigua amante; la fecha que su sobrino creyó que era la de su traslado fue, en realidad, la de su fallecimiento. Sin embargo, hay algo que no acaba de encajar del todo en esta historia, porque, en efecto, el abuelo muere en 1903: «Allí murió el viejo León, el año 1903» (p. 74). Idéntica información se repite en la lápida de la tumba familiar: «León Benzal Ordóñez 1838-1903». Pero en otro momento del relato el narrador dice algo que es más que sorprendente:

A este respecto, las primeras inquietudes que asaltaron al viejo vinieron del lado de su hijo mayor, el famoso tío Enrique. Cuando se convenció de que Enrique había muerto, debió de quedarse más tranquilo, considerando que con la desaparición del único hijo derrochador, jugador sin fortuna y cabeza perdida de la familia, la continuidad de la casa y la fortuna estaban aseguradas y garantizadas por las virtudes domésticas de las mujeres (pp. 100-1).

Ahora bien, si el famoso tío Enrique ya había muerto en 1903, seguro que su madre no podía volver a venderlo en 1915, a no ser que el engaño sea todavía más tenebroso de lo que ya es en los términos en los que lo explica el narrador. Esas mismas tinieblas serían, sin embargo, una posible lectura que, no es difícil creerlo así, retiene mucho de lo que puede considerarse característicamente benetiano. Lo que sucede, en efecto, recuerda muchos otros relatos benetianos: el tiempo ha disuelto la trabazón lógica de las cosas, los personajes se sustituyen unos por otros sin aviso previo; usurpan rasgos de sus parientes, vecinos o amigos; viven vidas que recorren paralelas biografías complementarias o antagónicas; y mediante estos desconcertantes procesos expresan la posibilidad (y su reverso: la frustración) de las cosas en el pasado, y su difícil comprensión en el presente.

5. Puede decirse, pues, de aquella descripción crítica de «Baalbec, una mancha», que apenas parece posible colmar un espacio de texto tan reducido con un número de equivocaciones mayor: no hay Baalbec proustiano junto al mar, no hay tampoco ningún «tipo de relato» proustiano ni «estilo de resonancias proustianas», ni figuras encontradas en anteriores relatos de Proust (Conrad habría sido, sin duda, una referencia mejor); ni, por supues-

to, hay forma de saber en qué «avatar distante» ha podido el crítico trabar conocimiento con semejantes personajes. Tampoco hay narración «insistentemente regionata» (hay una narración, eso sí, precursora de la saga personal del novelista, que ocupa el escenario de Región, y que se sirve de los mismos recursos estilísticos que, por ejemplo, *Volverás a Región*). No hay debate, centrado en el teatro de ideas, que haga causa en favor del indiano, que trae a la Península valores de celo laboral ultramarino. La aniquilación que describe Juan Benet es algo más complejo y misterioso que ese «efecto corruptor de la ruina en las almas»; y, en fin, por encima de todo, no hay, de ninguna manera, «historia sórdida» que «se resuelve en una frase que es tanto explicación como desenlace». Porque no hay explicación ni desenlace que no sean fruto de un deseo de hacer conformar la historia a la voluntad del crítico, y que, por lo tanto, exhiban justificación de ninguna clase fuera de su propia imaginación.